

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

El papado en el tiempo [The papacy in time]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Tellechea, José Ignacio
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-05 06:15:33
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223605

- EL PAPADO EN EL TIEMPO
- EL PAPADO PARA LA CONCIENCIA CRITICA MODERNA
- PAPADO Y ECUMENISMO
- LA BUROCRACIA VATICANA
- LA FUNCION DEL PAPADO A LA LUZ DE LA TEOLOGIA
- EL PAPADO EN EL MOMENTO PRESENTE

83

1979

PAPADO, IGLESIA Y MUNDO DE HOY

Por JOSE MARIA DIAZ MOZAZ, EQUIPO IGLESIA VIVA, JOSE MARIA ROVIRA, RAMON TAIBO, JOSE IGNACIO TELLECHEA Y MANUEL TUÑON DE LARA

IGLESIA

REVISTA DE PENSAMIENTO CRISTIANO

VIVA

IGLESIA
VIVA

El papado en la Iglesia
y en el mundo de hoy

IGLESIA VIVA

Núm. 83, Septiembre-octubre 1979

	Página
PRESENTACION	407
ESTUDIOS	
El papado en el tiempo. Variaciones de una difícil misión. Por J. Ignacio Tellechea Idígoras	409
El papado para la conciencia crítica moderna. Por Manuel Tuñón de Lara	425
Papado y ecumenismo. Por Ramón Taibo	435
La burocracia vaticana. Por José María Díaz Mozaz ...	445
La función del papado a la luz de la teología. Por Josep Maria Rovira Velloso	457
El papado en el momento presente. Por el Consejo de Dirección de «Iglesia Viva»	473
LIBROS RECIBIDOS	489

«IGLESIA VIVA» pretende siempre ser una revista de pensamiento, en la que la reflexión vaya acompañando los hechos de actualidad, pero con el suficiente espacio de tiempo para que sea reflexión sosegada y rigurosa aunque a veces la pausa pueda hacer perder actualidad al comentario.

Así, cuando el año pasado vivimos el insólito hecho de los dos cónclaves casi seguidos que replanteaban a la conciencia de la Iglesia y del mundo la importante realidad del papado, en vez de improvisar sobre la marcha un comentario apresurado sobre el acontecimiento empezamos a preguntarnos sobre cómo podríamos tratar con rigor el tema del papado. Y se empezó entonces a gestar este número, que si hoy tiene redoblada actualidad, en contra de lo que nos suele pasar normalmente, es porque al tema del papado le ha dado más actualidad el sorprendente primer año del pontificado de Juan Pablo II que la imprevista muerte de Juan Pablo I.

Este número no pretende ser un tratado completo sobre la teología del papado, que damos por supuesta. Lo que nos ha preocupado desde el principio es ver cómo se concreta y se debe concretar en la Iglesia y en el mundo de hoy este carisma y ministerio primacial de Pedro que hoy posee sin lugar a dudas el actual obispo de Roma, Juan Pablo II.

Porque partimos del hecho de las distintas formas que a lo largo de la historia han configurado el ejercicio de la misión papal, como lo demuestra el primer artículo, introducción necesaria al tema, de J. I. TELLECHEA.

Inmediatamente después, y siguiendo nuestro estilo abierto y dialogal, hemos querido oír las opiniones de los no católicos sobre una institución eclesial que tiene una evidente trascendencia extraeclesial. Creemos que la opinión, sincera e impresionante, de M. TUÑON DE LARA puede ser significativa respecto de lo que piensan amplios sectores de personas, creyentes o no, preocupados por el futuro de la historia humana. Y el obispo de la Iglesia Española Reformada Episcopal, RAMON TAIBO, nos presenta la urgencia ecuménica según es vivida en los ambientes protestantes.

Los tres artículos siguientes representan ya la parte de reflexión más interna que hace la revista. En primer lugar, JOSE M. DIAZ MOZAZ hace una reflexión sociológica sumamente iluminadora sobre el tema de la burocracia, que necesariamente tiene que acompañar en la modernidad a una función tan universal como el papado, y que es la fuente de la mayor parte de dificultades para aceptar hoy, con afecto religioso, lo que viene de «Roma», expresión con la que se mezcla la figura del Papa y su aparato burocrático.

La reflexión teológica la ha hecho una vez más, con sencillez pero con rigor y profundidad, JOSE M. ROVIRA. Creemos que hay que agradecer el esfuerzo que representa esta síntesis en tan pocas páginas, renunciando a la apoyatura en farragosas y eruditas notas, que sólo un verdadero teólogo es capaz de hacer.

Como en las últimas reuniones del Consejo de Dirección de «IGLESIA VIVA», tanto preparando este número como comentando otros temas de actualidad, nos había salido con frecuencia el tema del actual pontificado de Juan Pablo II, nos ha parecido útil y honesto respecto a nuestros lectores y a nuestra Iglesia dar a la luz la síntesis de nuestras opiniones como grupo respecto al tema, aun conscientes de los riesgos que representa una opinión sobre un modo de ejercer el carisma y el ministerio de Pedro que no ha hecho nada más que empezar, y con el temor y temblor de quien alza su voz en una comunidad de fe y amor en la que la última palabra la tiene siempre el Espíritu.

EL PAPADO EN EL TIEMPO

Variaciones

de una difícil misión

Por J. IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

Muchos de los turistas que visitan Roma no conocen la imponente mole de la tumba de Cecilia Metella que se encuentra en la Vía Appia; raros serán los que, al menos de oídas, ignoren la tumba de Pedro, el modesto galileo que un día entrara por esa misma calzada romana en la deslumbrante capital del imperio. Esta pervivencia en el recuerdo, y en un recuerdo que va animado de adhesión afectiva y efectiva a lo que representa el pobre pescador desplazado de su tierra nativa, nos sitúa ante un hecho histórico cuando menos desconcertante y paradójico; en él contrastan la desigualdad original y la diversa vigencia histórica. Quienes tengan aún frescas las imágenes del serial televisivo titulado «Yo, Claudio», piensen que en esa Roma corrompida se adentró incógnitamente Pedro, el que, con el correr de los siglos, convertiría en recuerdo arqueológico la llamada «Roma de los Césares», para asociar a su nombre el significado universalista más vigente de la urbe que fue capital del imperio percedero y cabeza de una comunidad, entonces insignificante y hoy diseminada por el ancho mundo, que, al mirar a Roma, contempla en ella una raíz y una institución vivas, cuyo secreto último está en la vinculación a Pedro y, en definitiva, a Jesucristo.

LA RAZON DE LA CONTINUIDAD

Esta continuidad, elemento fundante del significado de Roma, se realiza inserta dentro de unas formas aparatenciales históricas de gran variedad y cambio. El Papado como institución eclesial conoce en sus

realizaciones concretas una evolución, que no solamente afecta a aspectos externos, modalidades de ejercicio y presencia, organización, sino a la misma conciencia intraeclesial respecto al mismo, a veces condicionada por elementos extrínsecos y a veces modulada según las modalidades de la misma autovivencia eclesial de cara a su fuente y origen o a situaciones históricas internas de la Iglesia a lo largo del tiempo. Asumir reflexivamente su larga historia es aleccionador en extremo, y no porque de ella se deriven solamente luces que puedan justificar una visión triunfalista del Papado. Una interpretación imanentista de la misma en clave culturarista, esto es, una explicación total del raro fenómeno de su larga pervivencia, y sobre todo de su significado, es tentadora y acaso aparentemente satisfactoria, pero es insuficiente y hasta poco original. Ya está presente en la pretensión de segunda Roma que se atribuye Constantinopla, cuando se ve convertida en centro capital del imperio. La capitalidad cristiana de Roma no se apoya en la grandeza de la ciudad que la cobija, sino en referencias a Pedro, al modesto *tropaion* o monumento que se ocultaba en el cementerio vaticano junto a colosales mausoleos, al martirio de Pedro, a su presencia evangelizadora y, naturalmente, al significado de Pedro dentro del grupo apostólico. También los demás fueron llamados directamente por Cristo, sellaron su vocación con su sangre y algunos escribieron evangelios o la tradición autorizó apócrifos con sus nombres. Mas ninguna otra iglesia apostólica asumió líneas rectoras como la de Roma y ninguna se transformó en punto de referencia, en centro de decisión, en cátedra doctrinal autorizada como la romana, ni fue considerada «guardiana de la tradición», como la llama Dionisio de Corinto, o punto focal de la *catholica*, como la reconocieron emperadores como Aureliano o Felipe el árabe en punto a devolución de bienes, cuando aún no se había iniciado la era constantiniana.

DE LA METAFORA A LA «PLENITUDO POTESTATIS»

Estamos habituados a intentar reforzar con textos neotestamentarios el rango singular de Pedro y sus sucesores, cuando, en realidad, detrás de esos textos hay que ver acontecimientos vinculantes y sagrados que tratan de remontar al designio de Cristo, piedra fundante de la Iglesia. Primero fueron los gestos y la voluntad de Cristo, luego fijaron en los escritos los recuerdos de aquéllos. También en este caso «la cosa empezó en Galilea» (Act., 10,34). Y empezó, para desesperación nuestra, de pobres racionalistas con metáforas: «eres piedra o roca» (Mt., 16,16), «apacienta» (Io., 21,15), «confirma a tus hermanos» (Lc., 22,32). Metáforas que apuntan, nada más, a una función o misión que irá adquiriendo

perfiles más precisos al paso de los tiempos, y que por su vaguedad se prestarán también a juegos malabares para cubrir con ellas los últimos linderos o expresiones de la *plenitudo potestatis* con derivaciones abusivas y con parámetros más próximos a encarnaciones humanas de signo ilimitado y despótico del poder, como en el caso de los innumerables *Utrum Papa...* de ergotistas medievales. Mas el ramaje no nos debe impedir ver las raíces, ni los abusos ocultar la genuinidad de la misión directiva, de su razón y finalidad.

Claro que esta función basilar, unificadora y centrante está condicionada en su ejercicio concreto por circunstancias históricas y hasta por factores generales que afectan a la posibilidad de comunicación, interacción y dirección entre los hombres. En el siglo XVI Felipe II mandaba instrucciones sobre el conclave a sus embajadores, cuando hacía varias semanas que había sido elegido un nuevo Papa; mientras que hoy seguimos al minuto las evoluciones de la fumata vaticana. La distancia y los medios de comunicación alteran sustancialmente tanto el eco del latir de la Iglesia en Roma como las posibilidades de irradiación de Roma sobre la cristiandad o el mundo. La rapidez de comunicación permite hoy funciones directivas, colegiadas o no, y aproximaciones a Roma, que eran impensables en otros tiempos. El papado, como punto de referencia, como luz iluminadora, como centro organizador, tiene hoy unas posibilidades inéditas en los siglos. Y al mismo tiempo posee una larga historia, cuya ascensión refleja puede ser aleccionadora, por sus éxitos y fracasos, por sus luces y sombras.

PRUEBAS Y TRIUNFOS. EDIFICACION Y DESTRUCCION

No todo es triunfalismo, ni siquiera en los tiempos demasiado fácilmente definidos como triunfales. El papado ha conocido pruebas que han afectado a su misma existencia, y no deja de ser sorprendente la supervivencia, a escala humana, de esta dinastía, no hereditaria, de ancianos elegidos que se han transmitido la antorcha. A los presagios dieciochescos que anunciaban su extinción siguió la dura prueba de la muerte en el humillante exilio de Pío, «sexto y el último», como vaticinaban algunos. Los tiempos no han sido siempre iguales, ni ser fundamento, guía, maestro o jefe ha revestido siempre las mismas formas.

En la ya larga historia del papado existen horas tranquilas y otras turbulentas, horas grandiosas y días tenebrosos, presencia imperceptible o dominio ilimitado, momentos de impulso o de freno, horas triunfales

o amargas, personalidades fulgurantes o mediocres, mártires y pusilánimes, santos y pecadores, dilataciones y pérdidas. Siempre conciencia más o menos precisa de capitalidad: a veces *in destructionem*, a veces *in aedificationem*. Ha ido cambiando el modo de elegir Papa, el entorno papal o la Curia, su peso espiritual —y hasta temporal— en el mundo, su modo de vivir.

EL CAMBIANTE CAMINO DE LOS COMIENZOS

Los comienzos fueron oscuros y difíciles, como lo era la existencia misma del cristianismo. Ninguna apoyatura humana sustentaba la institución, encarnada en hombres modestos, algunos de ellos libertos, y sobre los que no podía recaer más que el desprecio que envolvía a lo que ellos representaban. Pensemos en los dicerlos de Tácito y Suetonio contra la superstición cristiana, a la que difícilmente podían augurar el futuro que le aguardaba. El Estado gigante, la civilización, las costumbres sociales les eran hostiles. A pesar de su irrelevancia, caía sobre ellos el desprecio, cuando no la persecución sangrienta. La tradición enumera entre los mártires a los cincuenta primeros Papas. Aún revivo el estremecimiento de la visita a la pequeña capilla de la catacumba de San Calixto, en cuyos lóculos laterales se leen en griego los nombres de Soter y Anteros, o sobre cuyo altar fue inmolado San Sixto con sus diáconos acompañantes. Nuestro Papa Dámaso esculpió en piedra todo su sentido de veneración por aquel lugar y quiso ser enterrado fuera de su ámbito, aunque en la proximidad.

La prueba aún fue más peligrosa por obra de herejías y cismas que ponían en peligro la cohesión de la Iglesia. En tales trances Roma asume el papel decisorio y orientador, su voz es acatada. Son las grandes y raras ocasiones en que deja sentir o se busca su voz: una voz rectora, potenciada por la sucesión de Pedro, por la presencia de su predicación y de sus restos, y que resuena con fuerza en el seno de la *catbolica*, cohesionando y dando unidad a la misma con el signo de la comunión espiritual y de la vinculación. La presencia del papado es evanescente, como la del corazón en el cuerpo vivo, imperceptible en horas de salud, rubricada en momentos de grave enfermedad.

Tras la más terrible de las persecuciones viene la calma, la paz, el reconocimiento, el respeto y el honor. Todo ello fomentó la dilatación masiva de la Iglesia, más difícil en las horas heroicas, y con ello el declive de la fe personal y el auge de la fe sociológica, la perduración de vestigios paganos no contrapesados por una catequización profunda

la vida fácil en el seno del imperio decadente, las escisiones y celotipias, la impregnación y mimetismo culturales, el sosiego para la herejía, las basílicas suntuosas de nueve naves del Africa cristiana o las bellas basílicas romanas en que podían congregarse a la luz del día y mantener viva y lustrosa la memoria de los lugares hasta entonces venerados ocultamente. A la libertad siguió la protección y el favor, pero también la injerencia y la mediatización de los emperadores, la clarificación de puestos como en el caso de la carta de Osio o del Papa Gelasio. La paz no podía ser pesada coyunda o confusión de poderes. La impregnación cristiana del mundo conoce nuevas cotas: se suaviza y cristianiza la legislación, en lo posible se trata de bautizar la cultura. Es la era de las luminarias de la patrística oriental u occidental. El emperador es un hijo de la Iglesia y como a tal se le habla y, llegado el caso, se le impone penitencia. En la laboriosa configuración de los perfiles dogmáticos trinitarios y cristológicos sigue resonando con fuerza la voz decisoria de Roma, acatada por los concilios. Roma se va haciendo más latina y se va distanciando del Oriente, donde la fortaleza de la institución imperial comienza a impregnar de su capitalidad a Constantinopla. El centro de gravedad política va pasando lentamente a Oriente, con cuya corte tienen que ver Papas de nombre griego de los siglos siguientes.

COLMANDO VACIOS

El imperio occidental va declinando, se va hundiendo en su enfermedad y en los embates que le vienen de cuerpos extraños. Las hordas de Alarico devastan Roma en el 410, sacudiendo la conciencia de la romanidad y obligando a San Agustín a escribir su *De civitate Dei*, certificando la agonía del imperio por sus propios vicios y no por los cristianos y abriendo los ojos a un incierto, aunque providencial futuro. Occidente se hunde en un gran vacío de poder. San León con la fuerza del espíritu detiene al arrollador Atila, como en el siglo IX León IV detendrá a los sarracenos. A estos grandiosos de un día acompañarán por fuerza otros más modestos y cotidianos de auténtica suplencia: el trigo para alimentar a Roma, la resolución de los pleitos, la estructuración de la sociedad, la defensa de la ciudad, la conservación de la cultura. El papado, como en otros lugares los obispos y los monasterios, asume tareas subsidiarias. En un lento proceso de suplencias van naciendo los estados pontificios, a los que se les querrá dar más tarde consistencia jurídica mediante la supuesta *donatio Constantini*.

Roma es abandonada a su suerte y Bizancio es impotente para recuperar lo perdido. Agustín muere cuando los vándalos sitian Hipona y la

gloriosa Africa cristiana es devastada. Un edificio gigante y, al parecer, impecadero se cuarteada, mientras irrumpen aires impetuosos en forma de nuevas razas, lenguas y culturas. La añoranza es estéril, así como el hurgar en las causas de la decadencia. El futuro de Europa es irreversible. Nadie se atreve a vaticinarlo. ¿Se podrá, al menos, atisbar? No todo es malo en los bárbaros: poseen fuerza, fidelidad, juventud, no están corrompidos como los romanos. Un Papa romano, angustiado por los tiempos y persuadido de que está próximo el final, contempla con amor a rubios británicos que son vendidos como esclavos en Roma. De este impacto brotará la misión de San Agustín de Cantorbery en Inglaterra, como siglos más tarde surgirá el apoyo a Bonifacio en Alemania o a San Anscario en el Norte, Cirilo y Metodios en el Este. El papado representa la conciencia centrípeta, pero también la conciencia centrífuga y universal. Las demás iglesias se van encapsulando en sus nuevas fronteras lingüísticas, raciales y geográficas. El papado es más que la ciudad de Roma. La grave amenaza de los longobardos norteros sólo podrá ser disipada con la ayuda de un nuevo jefe franco que asume el papel de *defensor ecclesiae*, dando forma institucional al imperio occidental. Asume un *offitium* o función liberadora que la historia subsiguiente se encargará de complicar.

El mundo resultante es distinto, no se restaura el pasado. La fusión de razas y culturas es lenta y difícil. La Iglesia asume un papel singular en la conservación y transvase de la vieja cultura. Sin la colaboración de los primitivos monasterios hoy no poseeríamos a Virgilio, a Cicerón y tantas otras cosas. El feudalismo como nueva estructura social a todos los niveles y la configuración de las nacionalidades fomentan la estratificación cerrada, las fronteras sociales y políticas, las diversas formas de incipientes nacionales catolicismos, en suma, la disgregación, la tensión, la guerra. Ante tanto elemento diferenciador, subsiste como factor unificador y cohesionador la fe común y en su ámbito el centro común, que es Roma. Para muchos países nórdicos su primera documentación histórica se confunde con los diplomas pontificios dirigidos a sus reyes. difícilmente cancillería alguna puede emular con la romana en su afán de congregar pueblos, de fomentar la paz, de suavizar las costumbres y la pura fuerza. Las derivaciones del feudalismo y de las nacionalidades hacen que la Iglesia se aclimate a la nueva situación y pague el tributo del enriquecimiento, de la ambición de prebendas, de la dependencia, de la falta de libertad, el aprisionamiento en la estructura, la mundanización.

EL LASTRE DEL PODER Y LA BUSQUEDA DE LA LIBERTAD

El soplo del espíritu vendrá de las reformas monásticas. El monje Hildebrando quiere romper ataduras y recobrar libertad. Es la hora del papado, instancia supranacional que trata de llamar a la Iglesia a su liberación, en una lucha enconada que termina con la muerte del Papa en el destierro. Nos referimos a la lucha en torno a la investidura, que no es el choque entre dos ambiciones, sino la voluntad de liberar a la Iglesia de ataduras temporales que favorecían la ambición, la simonía, el desorden y la relajación de las costumbres de los obispos y del clero. Tras medio siglo de tensiones y luchas, se llegará al concordato de Worms, que, al menos en teoría, distinguirá netamente la función pastoral del obispo de sus compromisos como vasallo del emperador. La tentación unitaria de fundir poderes o monopolizarlos podrá aflorar en algún documento o en algunos canonistas de línea teocrática, mas no es cierto que la teocracia en su sentido crudo represente la manera de pensar de la Iglesia o del papado. Un representante del supuesto teocratismo, como Bonifacio VIII dirá sin equívocos: «Sabemos bien que existen dos potestades y que ambas son ordenadas por Dios. No tenemos la pretensión de sobreponernos a la jurisdicción del rey; pero el rey no puede negar que Nos está sometido desde el punto de vista de toda infracción de la ley divina, *ratione peccati*.»

Gregorio VII representa el punto de arranque del gran arco medieval del prestigio papal, cuyo culmen se sitúa en Inocencio III y cuyo final está en Bonifacio VIII. A pesar de las ásperas luchas con el imperio y de las iniciales tensiones con las naciones, los Papas ejercen un alto arbitraje sobre Europa, sea en la esfera política, sea en la cultural con la promoción de las Universidades, sea en el control de la represión de las herejías (Inquisición), sea en la consolidación de la cohesión interna de la Iglesia mediante su vinculación cada vez más estrecha con Roma. El papel preponderante de la directriz papal convierte a Roma en centro cada vez más vivo y eficaz de la reforma general de la Iglesia. Los legados asumirán delicadas funciones en los distintos países, mientras las órdenes religiosas (Cluny, Cister) irradian espíritu y son brazos de largo alcance del papado. Poco a poco Roma asume funciones antes descentralizadas o inexistentes: canonización de los santos, erección de estudios generales de respiro internacional, intervención en variados asuntos eclesiásticos, frecuentemente conflictivos. Las visitas *ad limina*, la concesión del

pallium, las diversas modalidades de ayuda económica, inicialmente voluntaria y luego obligatoria, son otros tantos modos de estrechar los lazos entre la periferia y Roma y escalones del proceso ascendente que sigue la centralización. La expresión canónica *apposuit manus* cobra mayor amplitud y realidad, así como los ámbitos en que queda reservada al Papa su decisión o intervención. La uniformidad en el molde de la liturgia romana es un índice más de esta creciente uniformidad en el seno de la Iglesia. El papado queda investido de un carácter efectivamente universalista y al mismo tiempo omnipresente. Acaso una de las operaciones más geniales fue la de insertar en la Iglesia aspiraciones reformistas (pobreza y predicación), que dejaron de ser monopolio de movimientos marginantes y se encarnaron en las nuevas órdenes mendicantes. Garantizada su ortodoxia doctrinal y su comunión con la Iglesia, fueron ampliamente amparadas por los Papas, no sin ponerlas al abrigo de las injerencias del episcopado mediante la exención.

Este creciente control —no siempre freno, y en ocasiones motor— pudo salvaguardar la conciencia universalista de la Iglesia, superar los horizontes nacionales y crear movimientos o instituciones de claro carácter supranacional. El trasvase de profesores y de cultura entre las universidades europeas, nacidas al amparo de una instancia supranacional como el papado, fue evidente y desde luego no existían las barreras nacionalistas que hoy subsisten en este terreno. La reforma de Cluny, o la primavera franciscana o dominicana tampoco conocieron fronteras, y ello se debe, ante todo, a la sombra protectora y estimulante del papado.

Claro está que en crisol de este universalismo se funden realizaciones de muy diverso signo: las universidades y las cruzadas, la unidad litúrgica y los feudos o reinos vasallos; la expansión cristiana, no siempre evangélica, en el norte de Europa, y la merma gigantesca del Oriente cristiano, desembocadura de una dilatada distancia, ignorancia y tensión mutuas; la uniformidad confundida con la latinización y la romanización, la autoridad y el aparato curial, etc.

FIEBRE EN LA IGLESIA

Gérmenes endógenos y no tan latentes de esa sociedad y coyunturas imprevisibles como el largo paso por Aviñón con su centralismo y fiscalismo desarrollados hasta su máxima expresión o como el penoso Cisma de Occidente pondrán a prueba la función y la vitalidad del papado. Entre los gérmenes endógenos apuntados otorgaría especial importancia a la laicización de la política y de la cultura, así como al impacto disgre-

gador de los nacionalismos. En adelante será un sueño y una pesadilla el afán de muchos Papas de evitar endémicos enfrentamientos entre los príncipes cristianos y más aún el de coordinarlos para una defensa común contra el mundo hostil del Islam. Esos nuevos aires culturales humanistas espolean la crítica contra la Escolástica, promueven el sentir individual, derriban falsos pilares de la ya aparatosa prepotencia romana (donación de Constantino, falsas decretales), paganizan la cultura. Un centralismo exacerbado convierte la cámara apostólica en oficina de provisión de todos los beneficios eclesiásticos y da lugar a la pluralidad de los mismos al absentismo, a las exacciones, odiosas a escala individual y sobre todo nacional. La renta priva sobre la función. Es la *perversio ordinis* que denunciarán los reformistas católicos del XVI.

La más ruda crisis fue la suscitada por el mal llamado Cisma, cuando hasta la misma tensión no hacía blanco, porque eran dos y hasta tres los que se arrogaban, con desconcierto general, la encarnación del papado. El viejo lema tranquilizador de San Ambrosio *Ubi Petrus, ibi Ecclesia* se disolvía en la incertidumbre de designar al legítimo sucesor de Pedro. Otro viejo lema, éste de San Ireneo, *Ubi Ecclesia, ibi Spiritus Dei*, se prestaba a radicales inversiones, para detectar Iglesia, allí donde bullía espíritu, para atisbar familias espirituales contrastadas con una Iglesia mundanizada y carnal y hasta para sugerir a sesudos teólogos que acaso la Iglesia genuina se hallaba escondida en rincones insospechados, en el alma de cualquier vetula o viejecita rezadora. De la crítica a los abusos se pasó al rechazo radical de la institución por parte de unos; a resituirla en estrecha dependencia de la autoridad civil, por parte de otros; o a equilibrarla, si no supeditarla, frente a una institución de gran abo-lengo y ostentosa representatividad de toda la Iglesia, como el Concilio (diversas teorías conciliaristas). ¡Si al menos la santidad personal hubiera contribuido a recuperar la perdida imagen! En vez de ello vinieron los Papas llamados renacentistas: las ambiciones familiares y el nepotismo, la intriga política y la lujuria mancharon el solio de Pedro.

ATAQUES Y REFUERZOS

Erasmo satirizaría al belicoso Julio II y lo excluiría del cielo. Con más acierto y tono más positivo recalcaría el significado de la *sublimitas evangelica* como soporte de la autoridad espiritual, volviendo los ojos al patrón apostólico. El mantiene esperanza, mientras que Lutero tratará al Papa de Anticristo, a Roma de Babilonia, y el antipapalismo será obsesión permanente hasta el fin de su vida. Muy diverso será el tono de

Juan de Avila, quien invita al Papa a la autenticidad, a desnudarse de falsas grandezas y a subir a la cruz. Por su parte, San Ignacio de Loyola cerrará los labios a la crítica y vinculará su obra estrechamente al servicio del papado.

Trento pudo ser la gran ocasión de reajuste de desequilibrios internos en la Iglesia; la tensión papado-episcopado, Curia romana-periferia provocó situaciones de enfrentamiento, en ocasiones dramático. En Trento se bloquero posiciones que recobrarían su vigor sólo en el Vaticano II. De cara adentro, el episcopado salía cargado de responsabilidades, pero muy mediatizado en sus posibilidades por el severo control romano. Los viejos lastres seguían vigentes: provisión de beneficios, exacciones económicas, *ius spoliis*, control de sínodos o concilios provinciales posttridentinos, disciplina y liturgia rígidamente unitarias, etc. Pero de cara a fuera frente a la hostilidad institucionalizada y cristalizada en iglesias separadas de Roma, se hacía preciso cerrar filas, abandonar la crítica, defender lo amenazado, agruparse en torno al centro, acentuar la significación del papado extendiendo sin límites sus facultades. Es cierto que el papado se dignifica en sus representantes y asume un papel directivo eficaz, promoviendo la regeneración del episcopado, de las órdenes religiosas, de la liturgia, de las Misiones, de la cohesión interna de la Iglesia, al precio de un intervencionismo sofocante, de una uniformidad cerrada, de presencia arriesgada en los avatares políticos de los distintos países. Recibe poderosos refuerzos de la Teología de la época, que apuntala el primado, defiende la infalibilidad y la potestad indirecta en lo temporal y la absoluta supremacía en lo espiritual. Todavía excomulga a reyes y libera de la obediencia a sus súbditos. Roma será centro de la parte de la Cristiandad que permanece fiel, y representará la encarnación del mal en el ancha área de los separados, donde llamar «papista» es el peor de los dicterios. Por ello mismo su papel en el inestable campo de las relaciones internacionales bajará progresivamente y deja de ser arbitral para resignarse a intentar cohesionar el bando católico.

FATIGAS EN LA ERA TRIUNFALISTA

Aun en este terreno, la situación dista mucho de ser triunfalista y netamente dominante. Muchas resistencias hacen difícil un pleno dominio autoritario. Las injerencias políticas en los cónclaves fuerzan elecciones de compromiso. Las prácticas regalistas de los príncipes cristianos, sancionadas en ocasiones por concesiones o concordatos, merman la libertad de la Iglesia y, por qué no decirlo, sus excesivos afanes de dominación.

Con el «Tu es Petrus» y con viejos principios canónicos, con la lectura anual de la Bula *In coena Domini*, se quiere cubrir una serie ilimitada de usos prácticos y de situaciones trasnochadas. La contrapartida de las reservas pontificias serán ahora las regalías. La supremacía pontificia es discutida en sus inflexiones concretas desde el nuevo dogma laico de la insaciable soberanía del Estado. ¿Cómo fijar límites, demarcar ámbitos, cuando el peso de los siglos dejaba una herencia compleja, una pasta político-económico-social tan mezclada y confusa? El número de clérigos y frailes, de monasterios, conventos e iglesias, de riqueza acumulada y de rentas, de invasiones mutuas jurisdiccionales, de valladares como el derecho de asilo o de embajadas, de exenciones, de fueros eclesiásticos y clericales, etc..., todo formaba una masa compacta en la que resultaba difícil discernir, clarificar, separar. Tal confusión acarrea ventajas y desventajas para cada una de las partes. La ideología y las praxis regalistas fueron en aumento, con la correspondiente merma del papado y aun de la libertad de las iglesias nacionales. Es la era de los nacionales-catolicismos; el español no es ninguna excepción. Las progresivas liberaciones respecto a Roma conducían indefectiblemente hacia servidumbres nacionales, más inmediatas y pesadas, y hacia la pérdida del sentido universalista.

Frente al tópico histórico del papalismo omnipotente y dominador se levanta toda la marea antirromana suscitada por el terrible debate jansenista en el seno de la misma Iglesia. El perfil excesivamente negativo del jansenismo que ha dominado en las exposiciones de manuales no nos ha dejado ver ciertos valores positivos que afectaban a la reforma de la piedad, a la espiritualización de la Iglesia, al reforzamiento del episcopado y de la Iglesia local, a la vuelta a la Biblia, etc. Como en todas las situaciones conflictivas endémicas el mutuo antagonismo conducía a la ciega exclusión de todo lo que representaba el adversario. Van Espen, autor condenado por el papado, puede ser leído hoy con sorpresa tras el Vaticano II. Hoy comenzamos a saber que no todo fue trigo limpio en las condenaciones pontificias del jansenismo, como tampoco eran puras todas las intrigas jansenistas. Ciertamente la resistencia visceral jansenista frente a Roma, potenciada por algunos obispos y hasta por el hecho insólito del grupo episcopal de los «apelantes», no hizo sino desgastar la autoridad papal, lo mismo que el sentimiento galicano, cristalizado en los famosos artículos de Bossuet que pintorescamente impondrá Napoleón como credo obligatorio en los seminarios franceses en 1801.

Un embate más hondo y sordo lo plantearán algunos corifeos de la cultura en el siglo llamado de las luces. Ya no se cuestiona la constitu-

ción de la Iglesia (reforma protestante), sino los fundamentos mismos de la fe cristiana. Soplan vientos deistas, críticas sarcásticas contra un pasado belicosamente religioso, el culto a la razón y el rechazo de toda luz venida de arriba, el materialismo. El imperativo de la tolerancia abarca bajo su capa tanto las confesiones religiosas como, sobre todo, la posibilidad de desecharlas. Del combate se pasa al desprecio y descalificación; el desprecio hace vaticinar o desear la desaparición del papado, símbolo concentrado de una situación endosada al pasado. Tal desprecio se registra en los comentarios que pone Montesquieu en sus *Cartas persas* en la pluma de sus fingidos corresponsales respecto a anciano vestido de blanco, venerado fanáticamente por los cristianos y príncipe del Estado más atrasado de Europa. La humillación y el vilipendio se harían más tangibles, cuando Pío VI moría en el destierro, prisionero de la Revolución francesa.

EL RESURGIR DE LAS CENIZAS

Mas en las cenizas se ocultaban gérmenes de resurrección. Nadie pudo barruntar en aquellas fechas que muy pronto el conductor de la Revolución entablaría diálogo con Pío VII y negociaría un concordato que dejó pasmados a todos. Era un reconocimiento de un carisma moral, que no se confundía con la fuerza de las divisiones armadas. Cuando la víspera tantas fuerzas se concitaban contra el papado (regalismo, jansenismo, enciclopedismo), cuando tantas prevenciones surgían contra el mismo desde las iglesias nacionales, sólo la autoridad moral de Pío VII pudo ejercer el más asombroso acto papal de la historia al renovar todo el episcopado francés, forzando a la renuncia a constitucionalistas y refractarios. Tal inmoliación, políticamente rentable para Napoleón, tenía un objetivo eclesial: la paz y la unidad, la salvaguarda de lo recuperable. Pío VII conocería todavía nuevos calvarios y hasta debilidades. Mas en el concierto de todas las fuerzas coaligadas contra el coloso, él sólo representa la autoridad moral, espiritualmente grande justamente en su debilidad material. La propia Iglesia comienza a descubrir la grandeza oculta del pontificado y de su misión y se inicia en ella una vuelta a Roma, que recupera en parte el prestigio perdido y lo afianza *intra muros* con el Vaticano I.

La amplia órbita del seísmo de la Revolución francesa traumatizó para mucho tiempo a la Iglesia entera y también al papado. Por ello mismo no supo discernir, entre sus propios escombros, lo que había de evangélico en algunas aspiraciones profundas de la prueba pasada y

lo que había de efímero en viejas formas, en instituciones y en la atmósfera misma del antiguo régimen. Le sobró miedo y le faltó imaginación a la Iglesia —y al papado— de buena parte del siglo XIX. Se sentía acosada, cuando no perseguida, y añoraba viejas situaciones irrepetibles. Quienes se decían sus amigos o se proclamaban sus enemigos, trataban de someterla y domesticarla, de instrumentalizarla para sacralizar sus ideologías. Se resignaba malamente a la aceptación efectiva de la libertad religiosa y se cerró especialmente contra formas de pensamiento que vaciaban la fe o la hacían imposible. Las aperturas iniciales y esperanzadoras de Pío IX acabaron en el *Syllabus* y en la guerra al liberalismo. Ni siquiera los atisbos de un liberalismo católico encontraron acogida. La molesta «cuestión romana» arrojaba una nueva carga pesada sobre el pasado, sobre todo a raíz de la pérdida de los Estados Pontificios, dando lugar a una situación de imprevisible salida. El protagonismo de las masas en la política y en el campo social cambió aún más profundamente el esquema de tensiones y habría de pasar tiempo hasta que el papado tomase conciencia descarnada de la profundidad de la nueva crisis: me refiero a las ideologías y movimientos socialistas de varia estirpe.

Este acoso exterior reviste muchas formas y problemáticas variadas. A los conflictos y hasta persecuciones en viejas cristiandades como España y Francia se sumaban ahora capítulos novísimos como el de la suerte del catolicismo en las nacientes repúblicas americanas, las nuevas posibilidades surgidas en Holanda e Inglaterra, el inicio de un fuerte resurgir misionero potenciado por nuevos institutos y ligado a pautas coloniales en muchos casos. Roma era la caja de resonancia en la que resonaban situaciones periféricas pluriformes e intentaría intervenir en ellas con criterios unitarios y universalistas. Pero era atalaya demasiado baja, su atmósfera era excesivamente localista —italiana— como para poder conectar debidamente con una pluriformidad patente. Habrá que esperar muchos años para que se internacionalice su curia o para que escuche atentamente las voces que llegan desde la periferia variada.

Aunque el papado vaya detrás del curso de la historia, a veces va delante de su propia curia y aun de las iglesias locales. Las primeras alarmas de tipo social de León XIII y su apertura ante la situación política francesa desbrozaron un camino al que no acceden quienes rezan por la conversión del Papa. No puede decirse lo mismo de Pío X, a cuya sombra, a raíz de la condenación del modernismo, el integrismo más cerrado reprime corrientes teológicas, instituciones, libros y personas, creando una atmósfera dramática de la que costará mucho recuperarse. Desde el pontificado de Benedicto XV la paz mundial va a ser uno de

los predios preferidos de la voz y de la acción de los Papas, con resultados menguados respecto a sus esfuerzos. El mismo Benedicto XV será llamado justamente el Papa de las Misiones, y con gesto profético iniciará la promoción del episcopado y del clero indígena. Algunos cardenales se negarán a asistir a las primeras consagraciones promocionadas por el propio Papa, realmente sin demasiada visión de futuro de lo que había de ser el pilar de las nuevas cristiandades y la garantía actual de su supervivencia y pujanza. Mezclando afanes de control y promoción la huella del papado moderno se ha dejado sentir en el campo de la cultura mediante el impulso dado a Universidades e Institutos católicos, muchos de los cuales nacieron en la propia Roma. En el término de un siglo y con el esfuerzo de innumerables peones abnegados de la ciencia la estimación de la Iglesia desde una óptica cultural ha variado sustancialmente, y no sólo en terrenos más específicos como el de las ciencias eclesiásticas, sino también en campos más profanos. La *Iglesia-gheto* del siglo XIX pasa a ser paulatinamente una Iglesia más dialogante en la que fermentan nuevas ideas, tanto en su dispositivo docente como en su gran masa. Tal fermentación, operada en la primera mitad del siglo y no obstante algunos frenazos, alcanzó resonancia, generalización, confirmación autorizada en el concilio Vaticano II, cuyo alcance innovador no ha sido debidamente asimilado.

La dignidad personal de los Papas de los últimos cien años les ha hecho acreedores de la estima creciente no sólo en el ámbito de la Iglesia, sino del mundo en general. La significación del Papa católico para el mundo ortodoxo y protestante no ha bajado, sino subido; lo mismo se diga de la resonancia de su voz en el concierto de los pueblos, patentizada en los viajes papales o en la actuación de Pablo VI en la ONU. Las representaciones de países y confesiones religiosas en los funerales de los dos últimos Papas no autorizan a hablar de crisis, sino todo lo contrario. Y sin embargo es en el seno de la Iglesia donde la crisis de la autoridad papal conoce un declive más desconcertante. Críticas más o menos ásperas, desestimas o desafectos, una baja en las disposiciones de acogida y una efectiva sordera, si no desconexión práctica del magisterio papal, han sucedido a actitudes en las que la fidelidad ahogaba toda crítica.

HACIA NUEVOS MODOS

La acción y el magisterio de los Papas de nuestros días se van haciendo menos personalistas, más dialogantes, más colegiales. Los primeros ensayos de fórmulas nuevas (sínodo de obispos, comisión internacional

de teólogos, conferencias episcopales, internacionalización de la curia, etc.) van abriendo caminos hacia horizontes nuevos que permiten que el corazón de la Iglesia abarque efectivamente todos los latidos de la misma. Muchos cambios fácilmente admitidos nos muestran hasta qué punto podemos ser víctimas de la inercia en esquemas todavía recientes y definitivamente descartados sin trauma alguno. El mensaje se va haciendo más hondo y rico, más conectado con el Evangelio y con el mundo; cambia hasta la cobertura del lenguaje. Los modernos medios de comunicación (viajes, televisión) presencian la figura del Papa, sin obstáculos de tiempo ni espacio. Su voz se extiende más allá de las fronteras de la misma Iglesia. La catolicidad y el tenor evangélico del sucesor de Pedro acrecientan el universalismo de su acción. ¿Podríamos decir, con el viejo librepensador Edgard Quinet, que la voz del Papa adquiere en la actualidad carácter de «conciencia viva del mundo del espíritu, ante el alma adormecida de los pueblos»? ¿Que sin renunciar a la sustentación de lo cristiano se va deslizando hacia la defensa del hombre como tal?

Hemos de volver venturosamente a las metáforas: roca, robustecimiento, pastoreo, más ricas en poder sugestivo y en creatividad fantaseadora que una constitución escrita detallada, para tratar de adivinar y originar lo que hoy significa prestar base roqueña a la Iglesia, sostener en una fe iluminada y vivaz a sus miembros, y guiar a los hombres, infundiéndoles un soplo evangélico. Claro que la eficiencia de tan sobrehumana y titánica tarea depende, en parte, de nuestra atención a su voz, de nuestra apertura a su reclamo, de nuestra sintonía con su onda; y en parte también, de que en sus palabras y en sus gestos descifremos vislumbres de algo que engloba y desborda al mismo Papa.